

EL ECO DE LA VERDAD.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

<p>PRECIOS DE SUSCRICION. Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas. Fuera de Barcelona: un año, id. . . 4 ptas. Extranjero y Ultramar: un año, id. . . 8 ptas.</p>	<p>LA REDACCION Y ADMINISTRACION, Calle de Fonollá, 24 y 26. Se publica los Jueves.</p>	<p>PUNTOS DE SUSCRICION. En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.— Madrid: Almagro, 8, entr. derecha -Alicante: S. Francisco 28, dup^o</p>
---	--	---

SUMARIO.

Los grandes ideales.—Los obreros.—La soledad del hombre.—Ecos.—Pensamientos.

LOS GRANDES IDEALES.

«Hay seres en el mundo que viven siempre de prestado, no por la materialidad del dinero, que muchos suelen poseerlo en abundancia, en grandes cantidades, sino por la absoluta carencia de ideales.»

«Especie de vagos de brillante posicion unas veces, mugrientos y haraposos otras, desconocidos las más, siempre á caza de materia sobre qué discurrir y sabiendo del mundo de hoy lo que el de ayer olvidara amaneciendo.»

«Ni se apasionan, ni olvidan, ni odian, ni sienten, ni andan, sino repercuten en su máquina incompleta las vibraciones que produce el movimiento de los que viven muchos grados sobre cero, manteniendo el calor necesario para producir la vida, es decir, la creacion.»

«Pero esos vagos, que son los mas en todas partes, por lo mismo que no tienen la facultad de crear, poseen la tenacidad del bruto, y una vez aferrados á una idea, la disputan con la bravura del leon y como la fiera solo ceden con la muerte.»

«El porvenir, para esas gentes, ha de calcarse en el pasado; el presente ofrece tales inconvenientes á su débil naturaleza, que sin grandes precauciones, no aventuran un estornudo.»

«La ley de nuestros mayores es una de sus frases mas socorridas. Todo lo resuelve aquella ley que ellos ignoran; pero que invocan segun lo exigen sus apetitos, sus caprichos ó su ignorancia.»

«La tradicion! Qué bien suenan estas dos palabras en ciertos oidos! Acompasados movimientos de cabeza acompañan el ruido de una voz grave, que siempre discurre sobre el respeto que debiera infundir al mundo la santa tradicion. El peso de los años abate siempre las espaldas de esas gentes, para quienes no hay tranquilidad como la de la historia, ni regocijos como los de la ignorancia, ni bienestar como el eternamente perdido en los vaivenes de esta época inquieta, afanosa y turbulenta.»

«¡Los grandes ideales! ¿Para qué necesitan los hombres grandes ideales? No entienden que la humanidad crea en la variacion del tiempo, estados, necesidades, aptitudes que deben necesariamente desarrollarse, modificando lo presente y preparando la série de evoluciones precisas, indispensables á la vida, que no es mas que continua trasformacion.»

Esto dice un escritor político, y sentimos ignorar su nombre porque nos priva del placer de publicarlo. Simpatizamos profundamente con sus ideas, porque pensamos lo mismo que él, y lamentamos que la mayoría de la humanidad rinda culto á la *tradicion*.

Decía un filósofo, que la historia mal escrita es una gran conspiración contra la verdad, y la tradición, en resumen, qué es sino una historia muy mal escrita? plaga de piadosos errores y de místicas patrañas.

César Cantú, en su historia universal, afirma, que el tiempo, el deseo y la sombra son los grandes principios de las cosas; y el historiador en esto dice una gran verdad.

La tradición religiosa es el libro en el cual aprendieron á leer las pasadas generaciones; y aun la presente también ha repasado sus hojas: pero ya no es el libro de texto en la escuela de la razón. La religión universal se presenta hoy en el mundo, y nada más magestuoso que esta noble figura envuelta en su manto de luz, orlada su sien con la diadema de la ciencia, llevando en su diestra la brújula del progreso; eligiendo por templo la naturaleza, siendo sus grandes sacerdotes los hombres sábios y las almas buenas, y esta religión sin profecías, sin milagros, sin maravillas asombrosas, sin sacrificios, sin formalismo alguno, es recibida por los hombres con prevención; están acostumbrados á sus templos, y les parece que al salir de ellos se encontrarán perdidos en el mundo, y esto les pasa porque no tienen el instinto de lo bello, porque no acarician los grandes ideales, porque no aman la creación, por esto no encuentran en ella el mejor templo.

Recordamos lo que sentimos una noche estando en una iglesia, y lo vamos á referir para demostrar que la naturaleza por sí sola eleva el alma de aquel que sabe sentir.

Estábamos una noche sentados al pié de un altar, una brillante iluminación dejaba ver el magnífico decorado del anchuroso templo, los contornos de sus santos de piedra, las labradas cornisas, las altas ventanas y los grandes arcos que se agigantaban entre la luz y la sombra. La música, que según dice Michelet es el arte de la fusión de los corazones, quería fusionar el nuestro con un algo divino, tal era la dulce contemplación, el delicioso éxtasis á que estaba entregado nuestro espíritu; nuestras miradas vagaban sin dirección fija como si nuestra alma buscara un más allá: cuando de pronto ahogamos un grito de admiración, porque nuestros ojos se hubieron de fijar en una ventana y vimos la luna que á través de los cristales difundía su blanca luz sobre las paredes del templo. Los amarillentos reflejos de las velas y de los blandones comparados con el astro de la noche, parecían tan tristes, tan lúgubres, daban tan pobre idea de los adelantos humanos, que nosotros dijimos: ¡Ah! ¡Señor! ¿qué valen los trabajos del hombre ante la suprema perfección de tu obra? ¿Qué mejor lámpara para tu templo de la tierra que la hermosa luna? ¿qué mejores cirios que las brillantes estrellas? ¿qué mejor incienso que el aroma de las flores? ¿qué mejores salmos que los cantos de las aves?

¡Cuán espléndida es la naturaleza! ella por sí sola puede dar vida á todos los grandes ideales; pero la humanidad parece que ha venido á la tierra muda y ciega; se mueve automáticamente. Su corazón es de granito, no se emociona, su imaginación no se despierta, y todo su fervor religioso tradicionalista lo apoyan en que sus antepasados eran católicos romanos, y que ellos no se quieren apartar de lo que creían sus padres; pero falta saber si ellos comprenden lo que sus padres creían: pero lo que sí sabemos fijamente es que abominan todos los síntomas del adelanto, que son refractarios á la luz nada más que porque sí, y que rechazan de su mente los grandes ideales creyendo que el vuelo del espíritu contraría la ley de Dios; otros no quieren pensar por no tomarse ese trabajo diciendo: ¿qué falta nos hace saber más? ¿para qué?

¿Para qué? decimos nosotros, para asociarse al eterno trabajo de la creación, para engrandecerse, para desprenderse de este viejo vestido manchado por la envidia, desgarrado por la ira y por todas las malas pasiones que empequeñecen al hombre.

Trabajar para ser grande, trabajar para ser bueno, trabajar para convertirse en maestro el que ha sido siglos y siglos el último aprendiz del universo.

Qué mayor gloria, qué mayor lauro, feliz el hombre que ama los grandes idea-

les, porque ese está seguro de un brillante porvenir, el estacionamiento es la muerte, el trabajo es la vida.

El contentarse con las creencias del pasado es beber agua estancada.

El que ama los grandes ideales, bebe el agua purísima de la fuente del Progreso.

El espiritismo es la realización, es la verdad que supera á todos los sueños de la gloria del hombre.

¿Qué mas grande ideal que ser uno dueño de su porvenir?

¡Humanidad! ¡Humanidad! ama los grandes ideales, elévate sobre tu humilde condicion, que la inmortalidad de tu espíritu bien merece que actives el desenvolvimiento de tus ideas.

Nacer, vejetar, disgregarse y vivir en otra forma es el destino de todas las instituciones humanas, y los hombres que no siguen ese continuo movimiento de la vida, se convierten en cosas de escaso valor. Los tradicionalistas son los perezosos del Universo; porque ni quieren pensar ni dudar. ¡Pobres rutinarios! son bien dignos de compasion; porque estarán siglos y siglos en esta aldea de la creacion; pudiendo vivir en mundos regenerados donde la vida no es un dolor continuo como en este lóbrego calabozo.

Nosotros, sedientos de luz y de armonía, le decimos á nuestro espíritu: ¡Trabaja, medita, compara, analiza, sublimete, elévate, y cumple con tu hermosa mision que es progresar! ¡Oh! sí, sí; el progreso indefinido: es la gloria realizada por los grandes ideales.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

LOS OBREROS.

Incansables siempre en nuestra noble empresa de caminar hácia el progreso, y deseosos de que la humanidad siga su marcha ascendente en pos de él, quisiéramos que la sociedad mirase el nombre de nuestro humilde artículo con suma benevolencia, siendo este el sello del cariño fraternal, la unidad de pensamientos y un deseo íntimo de protegerse mutuamente y acercarse mas á Dios.

La clase obrera, esa multitud de seres que pueblan la mayoría del Universo, son las flores silvestres que dan vida y animacion á la tierra; la clase media, es la industriosa Abeja que sin destrozar las flores, liba su aroma para formar con su ingenio un delicioso manjar; pero esa agrupacion de seres llamados ricos y nobles, destinados á ser la gentil palmera para reanimar con su sombra al fatigado viajero y darle á comer de su fruto cuando le viese desfallecer; ¡ay! estos seres en vez de cumplir con su verdadera mision, la mayoría son las aves de rapiña que roban al infeliz obrero el fruto de su trabajo, puesto que muchos se hacen ricos con el sudor de éste, y aun le miran con desprecio.

¡Oh! cuantas veces á esos que se titulan nobles les hemos oido decir estas ó parecidas frases:

«¿Quién es esa que acabas de saludar?—Psé... es mi peinadora, no he podido evitar el saludarla, no quisiera que me viera en la calle nunca, porque es una obrera... y me dá vergüenza el pararme.—Sí, haces bien, esa gente cuanto mas léjos mejor.

¡Ah! parece mentira que se llamen nobles, los que abrigan sentimientos tan mezquinos.

¿No comprenden que aquella pobre muchacha ha puesto un sumo cuidado en peinar sus caballos con gusto y sencillez; que despues ha venido la tímida aldeana á traerle las mas delicadas flores de su jardin, y que estas le han costado mil desvelos; que luego viene la modista y la trae un elegante vestido, el cuál si lo vá á ana-

lizar ha pasado por infinidad de obreros que con su trabajo cada uno de por sí, le ha dado mayor realce, y que despues vá á vestirse y es ayudada por una pobre doncella?

¡Ah! aquella dama tan bien prendida, tan orgullosa de sí y tan bella, es una preciosa obra de arte salida de las manos de los obreros; pero sin embargo, si los vé ante su paso, pasará con la magestad de una reina sin dignarse mirarlos; mas ellos humildes y sencillos quedándose á cierta distancia, contemplarán su obra sin orgullo y exclamarán con la candidez de un niño ¡qué hermosa vá!

¡Oh! sí, muy hermosa vá por fuera, pero su corazon y su alma, no deben participar de la belleza exterior, puesto que desprecia la mano que la ha embellecido, siendo una mision bien pobre por cierto; en cambio la obrera con su modesto traje de percal, quizás reunirá mas encantos, porque se reflejará en su cara la belleza del alma, que lejos de la ambicion, poseerá la humildad y la paciencia en sufrir los desprecios de la alta sociedad.

Sí; los obreros tienen corazon y tambien sienten; son séres como los demás, y á veces con su rudeza, son capaces de enseñar á quien ha estudiado leyes; son espíritus humildes que han venido á ser los obreros de la tierra, para ser despues quizás los arquitectos del espacio y venir á enseñarnos como se trabaja en la gran obra de Dios; el que hoy es nuestro criado, puede ser mañana nuestro señor, y si bien recibió de nosotros, bien nos devolverá; ellos con incansable afan, trabajan la tierra, ora pisando los hielos del invierno, ora tostado su piel con el ardoroso sol del estío; ellos mas que nadie, sufren los rigores de la estacion; los que mas trabajan, tienen menos reposo, y los que mas sufren, están dotados de una gran resignacion; pues hay familia obrera que con un salario mezquino, vive privada casi de lo mas necesario, y sin embargo se la ve alegre y resignada.

¡Oh! ¡Yo os admiro obreros de la tierra, pobres ante el mundo pero ricos ante Dios; humillados ante la sociedad, sois los postreros; pero ensalzados por Dios, sereis los primeros en llegar á El; pues que mientras vuestra materia cava la tierra regándola con su sudor, el espíritu progresa marchando siempre hácia Dios!

La mision del espíritu, es el trabajo; trabajemos pues con asiduidad; convirtamos este mísero erial de la vida, en un bello oasis, sembremos la verdadera semilla del bien, para que produzca sabrosos y delicados frutos, y cuando estén bien sazonados, los presentaremos gozosos á nuestro Dueño y Señor, á nuestro Amorosísimo Padre, que con su infinita bondad, nos estrechará en sus brazos y colmará de infinitas mercedes diciendo:

¡Dichosos vosotros, hijos míos, que constantes en vuestro trabajo, habeis luchado con valor hasta concluir vuestra obra!

¡Venid! ¡Venid á recibir la inmarcesible corona de la gloria!

CÁNDIDA SANZ.

Barcelona y Agosto 5 de 1879.

LA SOLEDAD DEL HOMBRE.

II.

Hay un antiguo refran que dice: «El hombre propone y Dios dispone.» Nosotros pensábamos que Enrique nos contaria varias historias que nos darian asunto para una larga série de artículos sobre *la soledad de la mujer*, y sobre *lo que dicen las mujeres*; pero nuestro jóven amigo, de resultas de la terrible impresion que recibió con la desastrosa muerte de Lopez, cayó gravemente enfermo, y tres mujeres desoladas han llorado á la cabecera de su lecho creyendo que se moria. Julia sobre todo ha estado desesperada. Ya gracias á Dios el médico dice que Enrique está fuera de peligro; y las veladas son menos sombrías, ya Julia se sonrie y su prometido la riñe porque siempre la vé en el mismo sitio, pero ni la madre de él, ni la de ella

consiguen separarla de su puesto, y á cuantas reflexiones le hacen contesta sencillamente.

—No quiero dejarle solo.

—Pero muchacha, le dice la madre de él, ¿no me quedo yo?

—Usted, es usted, y yo, soy yo; me ha servido de leccion la desgracia de Lopez, no pensaba yo que los hombres sabian sentir tanto; y en estas y parecidas polémicas se han pasado los dias. Nosotros hemos acompañado á nuestros buenos amigos cuantas horas nos ha sido posible, porque la virtud y el amor atraen, y el ver aquellas tres mujeres tan unidas por el cariño y el dolor, nos conmovia; las tres mirando al pobre jóven que dominado por fuerte calentura repetia continuamente: —Lopez me espera, voy, voy, ¿dónde está? no le veo. ¡Ah! está allí..... muerto..... sí, muerto..... Pero la fiebre ha desaparecido y él repite continuamente:

—¡Ay! Julia! ¿si será verdad lo que dice Amalia? ¿si será cierto que los muertos viven? Yo veo al pobre Lopez, está detrás de tí, te pone una mano en la cabeza: y te mira con tanto cariño..... El te queria mucho; cuando vivia y yo le hablaba de mi casamiento, siempre me decia: ¡qué envidia te tengo! Julia es muy buena. Sí; esto me decia: Sí, y ahora me mira y con la cabeza me dice que sí; Julia al oír esto se levanta, sale al gabinete y suele decirnos:—Los médicos son unos imbéciles: Gaspar Nuñez dice que Enrique está mejor, que está fuera de todo peligro, y que no tiene mas que una debilidad escesiva, y yo creo que Enrique está loco. ¡Pues no dice que ve á Lopez y que este me pone la mano en la cabeza! ¡ay! ¡Dios mio! una mujer mala cuantas desgracias trae, y la pobre Julia llora pensando que su amado está loco, y Enrique repite á veces con graciosa sonrisa: idos á descansar, creedme, idos las tres á dormir que yo no me quedo solo, si Lopez está aquí. Vosotras pensais que aun deliro; nó, nó. Yo bien sé que no tengo calentura, pero le veo, vaya si le veo.

Anoche fuimos á verle, y como de costumbre las tres *amorosas Marias*, estaban al pié de su cruz, junto al lecho de su querido enfermo que muy animadito hablaba con Julia en voz baja, miéntras que sus madres nos hicieron señas y nos fuimos junto al balcón.

—Esta noche, dijo la madre de él, se queda á velar Gaspar Nuñez.

—¿Cómo? ¿se ha puesto peor Enrique?

—Nó, nó; sino que Julia se lo ha suplicado, porque como ella no cree que los muertos viven, (segun V. dice): tiene miedo que Enrique tenga trastornado el juicio, y quiere que el médico le observe por la noche; si V. hoy pudiera quedarse nosotras nos acostaríamos, porque estamos rendidas.

Accedimos muy contentas á su peticion, y fuimos á registrar la biblioteca de Enrique, sacamos algunos volúmenes para hojearlos durante la noche y hablamos un poco con Enrique que nos dijo:

—Para todos doy yo trabajo, pero esto es porque me quieren demasiado; crea V. que me encuentro bien, estoy muy débil, y esto me impide trabajar, que sino aquí mismo contestaría á las muchísimas cartas que debe haber retrasadas; pero Julia se empeña en que no estoy mejor, porque veo á Lopez, y lo que yo voy creyendo, es que lo que V. dice es una verdad; veo á Lopez tan claro como la veo á V. y muchas veces veo mas aun. La pobre Julia que debe estar rendida, pero que de este cuarto no quiere salir hasta que yo me levante, sentada en la butaca, veo que Lopez, mejor dicho un señor muy respetable que vá con él, magnetiza á Julia, esta se queda dormida, y Lopez entonces se sienta al otro lado de mi cama y estiene de su mano sobre mi cabeza; ayer, dice mi madre que Julia y yo dormimos toda la noche, y que le parecia ver una sombra junto al sillón de Julia. Yo casi me he convencido de que es verdad lo que V. dice.

—Es tan cierto que los muertos viven como es innegable que nosotros estamos hablando.

—Mire V. Amalia, ya están magnetizando á Julia, eso sí que me gusta que duerma la pobrecilla.

Efectivamente, la joven enfermera se quedó tranquilamente dormida, y en aquel momento entró Gaspar Nuñez que además de ser el médico de la casa había visto nacer á Enrique, y había sido muy amigo de su padre. Es un hombre de unos sesenta años, fuerte y vigoroso, amante del estudio de la ciencia que cultiva, y siempre va con un par de libros debajo del brazo; anoche tampoco se los olvidó, y al entrar nos dijo riéndose.

—Que todo el mundo se vaya á dormir, que yo estudiaré aquí lo mismo que en mi casa, porque Enrique dormirá lo mismo que un lirón, y Amalia se quedará de centinela sin duda, por si Julia se despierta que no se encuentre sola, en eso no me meto, pero el enfermo solo necesita dormir.

Gaspar Nuñez no se engañó. Enrique durmió profundamente. Julia se despertó á intervalos y nosotros para pasar el tiempo comenzamos á hojear libros: mas como era natural, Gaspar Nuñez nos habló del motivo porque se había quedado aquella noche á velar y á observar á Enrique, hablamos de la causa de su enfermedad, de la desgracia del pobre Lopez, del carácter orgulloso y egoísta de Lola, de todo, en fin se habló un poco, y últimamente sostuvimos el diálogo siguiente:

—Ya sé Amalia, ya sé, que V. se ocupa mucho en escribir sobre la soledad de la mujer, y francamente yo creo que no perderia V. nada en escribir tambien sobre la soledad del hombre.

—Sí, véngase V. con soledades ahora cuando los hombres viven mas en la calle que en su casa.

—Y V. que es tan espiritual se atreve á decir que una persona está acompañada porque viva rodeada de un ejército? ¡Cuántos hombres se lanzan á la calle porque les aterra la soledad de eso que han dado en llamar alma!

—En eso tiene V. razon.

—Vaya si la tengo, y sobrada; en mí no encontrará V. poesía ni romanticismo, pero hallará mucha experiencia, y mucha verdad, y créame V., he sido casado tres veces, mi carácter y mi carrera me han hecho estar muchas horas dentro de mi casa, porque visitar he visitado muy poco, he preferido tener consulta diaria y despues estudiar, así es que estoy bien enterado de lo que es el matrimonio; mucho se ha escrito sobre él, unos en pro, otros en contra, y en absoluto ninguno tiene razon; ni es el cielo, ni es el infierno.

—Entonces será el purgatorio.

—No tiene nombre bien apropiado; es una necesidad de la vida, es una costumbre moral, es una institucion indispensable: atendido á las condiciones detestables de la humanidad, que necesitan estar ligados los individuos unos á otros con un lazo indisoluble, para no abandonarse unos á otros continuamente.

—Pues á V. no le habrá ido tan mal cuando se ha casado tres veces.

—Me he casado no porque me haya ido mal ni bien, sino porque es la manera de vivir mas digna que tiene el hombre y la mujer. V. ya sabe mis ideas, no creo en nada, pero no me rio de ninguna creencia, y solo encuentro obligatorio dar buen ejemplo á la sociedad, por esto digo que el hombre casado si quiere, puede vivir de un modo irreprochable, y en los demás estados de la vida ó ha de llevar una vida de anacoreta, ó ha de dar algun escándalo. El corazon tiene sus exigencias, la materia tiene sus deseos, por esto soy partidario del matrimonio y no me vuelvo á casar porque mi hija mas pequeña y mis nietecitos absorven toda mi atencion, y ellos y mis libros llenan mi vida.

—Pero vamos á ver, ¿V. ha vivido *solo* ú *acompañado*?

—De todo ha habido.

—Pues cuénteme V. algo de su vida.

—Ya le contaré mas despacio.

—Nó, nó; ahora, ahora, en algo hemos de pasar el tiempo. Yo deseo saber si V. ha vivido.....

—Sí, sí, lo que V. busca es asunto para escribir sobre la *soledad del hombre*, y

en verdad que nadie mejor que yo puede explicarle cuando viven los hombres *solos* ú *acompañados*.

—Bueno, bueno; pues, por lo mismo quiero yo que V. hable.

—Adelante, comenzaré mi relacion diciéndola que la primera vez que me casé tenía veinte y dos años y mi mujer diez y ocho; era bonita, tan bonita que no he visto ninguna tan preciosa como ella; pero desgraciadamente *lo sabia* y le gustaba mucho lucir, y á mi tambien al principio me gustaba lucirla, pero como todos la miraban tanto, eso me fué poniendo en cuidado, y aunque ella era muy buena chica yo recordaba lo que decia mi padre: «Que ante puerta abierta el justo peca, y ante puerta cerrada el ladron suele volver la espalda»; así es que preferia pasear por lugares apartados, pero á ella eso no le gustaba; y esta desigualdad de gustos nos fué separando muy poquito á poco. Ella se entristeció algo, dejó de vestirse con tanto gusto como antes lo hacia, y me decia: ¡Para qué me he de vestir si no vamos á ninguna parte!..... Para mí te has de engalanar, le decia yo.—¡Para tí! decia ella, ¡bah! ¡bah! de cualquier manera estoy bien.

Sobre este perjudicial desaliño de las mujeres casadas se puede escribir cien tomos, y ya que á V. le dá por emborronar papel, yo le daré datos sobre este asunto. Esta noche no haré mas que hacer el bosquejo. Mi bella Margarita me queria, sí; pero las penalidades del matrimonio la fastidiaban. ella hubiera sido buena para casarse con un duque, no con un pobre médico, filósofo por añadidura, que me causé del mundo, antes de entrar de lleno en él. Cuidó de sus hijos con bastante esmero, pero la prosa de la vida se le indigestó y murió de fastidio al cumplir treinta años. Ella vivió *sola* y yo *tambien*. No me dió el menor disgusto, ni yo á ella, pero se nos pasó la ilusion á uno y á otro, mas yo la quise mas á ella, que ella á mí; porque á mi lado, viviendo en el retiro del hogar Margarita echaba de menos el mundo; y yo, el dia que la veia distraida con los niños, y las flores y los pájaros, me creia feliz, contemplando su espléndida hermosura.

La segunda vez me casé con una señora viuda, muy buena en todos conceptos que fué una verdadera madre para mis hijos, (que me quedaron cinco,) solo para mi tenia un defecto, que su confesor era el dueño de nuestros secretos y muchísimas veces me abstenia de hacerle ciertas confianzas sobre asuntos políticos, (que yo entonces conspiraba,) porque temia siempre que un tercero supiese tanto como yo. Jamás la contrarié, respeté sus creencias, pero estas me fueron separando lentamente de ella, y miraba en mi esposa mas bien la cristiana institutriz de mis hijos: que mi mujer propia; la consideré, la amé con profunda gratitud, pero entre ella y yo habia un poder moral que nos separaba, habia una voluntad superior á la mia, lloré su muerte y mis hijos tuvieron un gran sentimiento y yo me decia interiormente: Pues señor; he estado dos veces casado y no he encontrado á mi mujer.

Una tarde fui al hospital, que yo era uno de los médicos, y encontré en una de las salas una enferma que habia ingresado aquella mañana, era jóven. ¡Pobre María! y Gaspar Nuñez quedó algunos momentos pensativo, prosiguiendo despues con tono melancólico.

—Como le decia á V., Amalia, visité á aquella jóven enferma; me dijo que se llamaba María, y me suplicó que dejasen entrar diariamente á su abuela. La voz de aquella criatura era tan dulce que me conmovió profundamente: ¿qué mas le diré? un mes estuvo entre la vida y la muerte, y en ese mes nadie la veló mas que yo; cuando María dejó la cama fué para bajar á la capilla del hospital, donde el capellan del establecimiento bendijo nuestra union: yo quise que saliese casada para no separarme ni un instante de ella, y os aseguro que cuando entré en mi casa con aquella jóven pálida, cadavérica, y su pobre abuela, que era una viejecita que apenas se podia tener, á mi me parecia que todas las felicidades del mundo me entraban con aquellas dos mujeres inválidas, y no me engañé; no he sabido lo que es vivir sino los cinco años que estuve junto á mi María. No estaba entonces solo, nó; á fuerza de mis cuidados se puso buena, aunque siempre quedó delicada: pero ¡qué mujer aquella, Amalia! ¡qué mujer! ¡tan previsora, tan cuidadosa, tan entendida!

Mientras ella vivió no me cuidé de nada; cuando me despertaba, ya me presentaba el chocolate; al levantarme si ella estaba ocupada con la niña (que tuvimos una hija), me encontraba en mi gabinete la ropa de salir en un lado, limpia, cepillada; en la camisa los puños y el cuello prendidos con sus botones puestos, hasta las botas me las encontraba lustradas; al otro lado, mi bata por si me quedaba en casa, el casquete y las zapatillas, todo dispuesto y arreglado. Si ella no estaba con la niña era mi ayuda de cámara. Nunca tuve que pedirle ni un pañuelo, ella se anticipaba á mis deseos; cuidaba de mi alimento, y hasta cuando yo estudiaba, ella me hacía compañía estudiando tratados sobre las enfermedades de los niños, porque decía que quería ser el médico de su hija. Mis hijos la miraban como á una santa, y cuando murió yo creí que me volvía loco; y me fuí consolando porque me pasó lo que le sucede á Enrique, que vé á Lopez, y yo la veía á ella, y aun la veo: ¿qué misterio es este? no lo sé, pero yo la veo, ahora mismo está aquí: junto á Julia, la mira y la besa.

—No es extraño, conocerá que Julia es tan buena como ella.

—Ve V., Amalia, si puedo yo decirle si los hombres casados viven *solos* ó en *compañía*. Yo he vivido de las dos maneras, y crea V. que muchos hombres viven solos, porque hay muy pocas mujeres como mi María: otra vez que nos veamos le daré á V. mas detalles sobre la *soledad del hombre*.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Pasa al 109

E C O S .

M. Enrique Kidde, inspector general de las escuelas públicas de New-York, se ha proclamado también espiritualista, publicando un grande volumen titulado: «Comunicaciones de los Espíritus», obtenido medianicamente por dos de sus hijos, una hija de 20 años y un hijo de 12.

El Ayuntamiento de París ha dado dictámen favorable á la cremacion de los cadáveres, resolviendo que se establezca en el cementerio del P. Lachaise, una máquina para utilizarla los que quieran quemar los cadáveres.

PENSAMIENTOS.

Las obras grandes no necesitan de quien las aplauda, porque ellas mismas testifican su grandeza.—*San Ambrosio*.

Es una vieja y eterna verdad, que el primer paso es el que mas cuesta. Los pasos, como las cerezas y las palabras, se enredan unos con otros.—*Fernán Caballero*.

Un rico idiota no debe ser mas envidiado que un pordiosero.—*Roque Bárcia*.

El progreso es el desenvolvimiento de la actividad humana en la misteriosa cadena de los siglos.—*Manuel Mercader*.

Si el hombre es imágen de Dios, nadie sin incurrir en la mayor de las maldades puede atreverse á asegurar que el hombre no sea igual al hombre.—*M. M.*

Si hay algo tan absurdo como el celibato, es sin duda el matrimonio violento ó indiferentemente contraído.—*R. R.*

Dios hizo á la mujer y descansó.—*Mahoma*.

Nadie sobre mullido, ó bajo colchas llega á alcanzar renombre, quien sin él pasa la vida, humo es en el aire, espuma en el agua.—*Dante*.

Honrad á las mujeres. Ellas siembran de rosas celestes el camino de nuestra vida: forman los lazos afortunados del amor, y bajo el púdico velo de sus gracias, riegan con mano sagrada la flor inmortal de los nobles sentimientos.—*Schiller*.

La miseria, no asusta jamás á la ciencia.—*Arséne Houssay*.